

Kenneth Grahame

El Dragón  
Reticente



E LEJANDRIA

Kenneth Grahame

El Dragón  
Reticente



E LEJANDRIA



**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **EL DRAGÓN RETICENTE**

**KENNETH GRAHAME**

**PUBLICADO: 1898  
FUENTE: PROJECT GUTENBERG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

## EL DRAGÓN RETICENTE

Las huellas en la nieve han sido infalibles provocadoras de sentimientos desde que la nieve fue por primera vez una maravilla blanca en este mundo nuestro de colores monótonos. En un libro de poesía que nos regaló una tía, había un poema de un tal Wordsworth en el que destacaban con fuerza, con una ilustración para ellas solas, pero ni el poema ni el sentimiento nos parecieron gran cosa. Las huellas en la arena, en cambio, eran otra historia, y comprendíamos mucho más fácilmente la actitud mental de Crusoe que la de Wordsworth. Emoción y misterio, curiosidad y suspense: estos eran los únicos sentimientos que las huellas, ya fuera en la arena o en la nieve, eran capaces de despertar en nosotros.

Nos habíamos despertado temprano aquella mañana de invierno, perplejos al principio por la luz añadida que llenaba la habitación. Luego, cuando la verdad finalmente se nos reveló y supimos que una guerra de bolas de nieve ya no era un sueño anhelante, sino una sólida certeza que nos esperaba fuera, se desató una lucha brutal por la ropa necesaria, y atarse las botas nos pareció un invento torpe, y abrocharse los abrigos una forma de cierre indebidamente tediosa, con toda aquella nieve desperdiciándose a nuestra misma puerta.

Cuando llegó la hora de comer, tuvieron que arrastrarnos adentro cogiéndonos por el pescuezo. Terminado el breve armisticio, se reanudó el combate; pero al poco tiempo Charlotte y yo, un poco cansados de contiendas y de proyectiles que se deslizaban estremecedoramente por dentro de la ropa, abandonamos el pisoteado campo de batalla del césped y nos fuimos a explorar los espacios vírgenes y níveos del mundo blanco que se extendía más

allá. Se extendía ininterrumpido a nuestro alrededor, este misterioso y suave manto bajo el cual nuestro mundo familiar se había ocultado tan de repente. Unas tenues huellas mostraban dónde se había posado un pájaro casual, pero de otro tráfico no había casi ninguna señal, lo que hacía que aquellas extrañas pisadas fueran aún más desconcertantes.

Las encontramos por primera vez en la esquina de la arboleda, y las estudiamos durante un buen rato, con las manos en las rodillas. Para los tramperos experimentados que sabíamos que éramos, resultaba molesto encontrarnos de repente con una bestia que no podíamos identificar al instante.

—¿No lo sabes? —dijo Charlotte con cierto desdén—. Pensaba que conocías a todos los animales que han existido.

Aquello me picó en mi amor propio, y recité apresuradamente una sarta de nombres de animales que abarcaba tanto las zonas árticas como las tropicales, pero sin mucha confianza.

—No —dijo Charlotte, tras considerarlo—, ninguno de ellos encaja del todo. Parece algo así como un lagarto. ¿Has dicho un iguanodonte? Podría ser eso, quizá. Pero no es británico, y queremos una bestia británica de verdad. ¡Creo que es un dragón!

—No es ni la mitad de grande —objeté.

—Bueno, todos los dragones tienen que ser pequeños al principio —dijo Charlotte—, como todo lo demás. Quizá este sea un dragoncito que se ha perdido. Sería bonito tener un dragoncito. Podría arañar y escupir, pero no podría hacer nada de verdad. ¡Vamos a rastrearlo!

Así que partimos hacia el vasto mundo cubierto de nieve, cogidos de la mano, con los corazones henchidos de expectación, confiando complacientemente en que, gracias a unas pocas huellas borrosas en la nieve, estábamos en buen camino para capturar un espécimen a medio crecer de una bestia fabulosa.

Perseguimos al monstruo a través del prado y a lo largo del seto del campo siguiente, y luego tomó el camino como cualquier contribuyente domesticado y civilizado. Aquí sus huellas se mezclaron y se perdieron entre otras pisadas más ordinarias, pero la imaginación y una idea fija pueden hacer mucho, y estábamos seguros de saber la dirección que un dragón tomaría naturalmente. Los rastros, además, seguían reapareciendo a intervalos —al

menos Charlotte sostenía que así era, y como era su dragón, le dejé a ella el seguimiento de la pista y troté tranquilamente a su lado, sintiendo que, de todos modos, era una expedición y que algo bueno saldría de ella.

Charlotte me llevó a través de otro par de campos, y por un bosquecillo, hasta un nuevo camino; y empecé a estar seguro de que solo era su maldito orgullo lo que la hacía seguir fingiendo ver huellas de dragón en lugar de admitir que estaba completamente equivocada, como una persona razonable. Finalmente, me arrastró emocionada a través de un hueco en un seto de carácter obviamente privado; el mundo yermo y abierto de campos y setos desapareció, y nos encontramos en un jardín, bien cuidado, recluso, de apariencia nada propicia para un dragón. Una vez dentro, supe dónde estábamos. Este era el jardín de mi amigo el hombre del circo, aunque nunca antes me había acercado a él por un hueco ilegal, desde este lado desconocido. Y allí estaba el propio hombre del circo, fumando plácidamente una pipa mientras paseaba por los senderos. Me acerqué a él y le pregunté educadamente si había visto una Bestia últimamente.

—¿Puedo preguntar —dijo él, con toda la cortesía—, qué clase particular de Bestia andan buscando?

—Es una especie de Bestia como un lagarto —expliqué—. Charlotte dice que es un dragón, pero en realidad no sabe mucho de bestias.

El hombre del circo miró lentamente a su alrededor. —No creo —dijo— que haya visto un dragón por estos lares recientemente. Pero si me topo con uno, sabré que es de ustedes, y haré que se lo lleven de inmediato.

—Muchas gracias —dijo Charlotte—, pero no se moleste, por favor, porque a lo mejor no es un dragón después de todo. Es que creí ver sus huellitas en la nieve, las seguimos, y parecían conducir directamente hasta aquí, pero quizás sea todo un error, y gracias de todos modos.

—Oh, ninguna molestia —dijo el hombre del circo, alegremente—. Estaría más que encantado. Pero, por supuesto, como usted dice, puede ser un error. Y está oscureciendo, y parece que se ha escapado por ahora, sea lo que sea. Será mejor que entren a tomar el té. Estoy completamente solo, y encenderemos un buen fuego, y tengo el Libro de las Bestias más grande que hayan visto jamás. ¡Tiene todas las bestias del mundo, y todas ellas a color; e intentaremos encontrar a su bestia en él!

Siempre estábamos dispuestos a tomar el té a cualquier hora, y especialmente si se combinaba con bestias. También había mermelada de naranja y de albaricoque, traídas expresamente para nosotros; y después, se desplegó el libro de las bestias y, como el hombre había dicho con toda la verdad, contenía toda clase de bestias que habían existido en el mundo.

El sonido de las seis en punto hizo que la más prudente Charlotte me diera un codazo, y con un esfuerzo nos arrancamos del País de las Bestias, y nos levantamos a regañadientes para irnos.

—Oigan, voy a acompañarlos —dijo el hombre del circo—. Necesito otra pipa, y un paseo me sentará bien. No tienen que hablarme si no quieren.

Nuestros ánimos volvieron a su nivel habitual. El camino nos había parecido tan largo, el mundo exterior tan oscuro y misterioso, después de la habitación cálida y luminosa y del libro de bestias de vivos colores. Pero un paseo con un Hombre de verdad... ¡vaya, eso era un lujo en sí mismo! Partimos con brío, con el Hombre en medio. Le miré y me pregunté si alguna vez llegaría a fumar una gran pipa con esa especie de majestuosidad despreocupada. Pero Charlotte, cuya joven mente no estaba puesta en el tabaco como una posible meta, se hizo oír desde el otro lado.

—Bueno, pues —dijo ella—, cuéntenos un cuento, por favor, ¿quiere?

El Hombre suspiró profundamente y miró a su alrededor. —Lo sabía —gimió—. Sabía que tendría que contar un cuento. Oh, ¿por qué dejé mi agradable chimenea? Bueno, les contaré un cuento. Solo déjenme pensar un minuto.

Así que pensó un minuto, y luego nos contó esta historia.

Hace mucho tiempo —podrían haber sido cientos de años—, en una cabaña a medio camino entre este pueblo y aquella loma de allá vivía un pastor con su esposa y su pequeño hijo. El pastor pasaba sus días —y en ciertas épocas del año también sus noches— en la vasta extensión oceánica de las colinas, con solo el sol y las estrellas y las ovejas por compañía, y el amable y parlanchín mundo de los hombres y mujeres lejos de su vista y de su oído. Pero su pequeño hijo, cuando no estaba ayudando a su padre, y a menudo también cuando lo hacía, pasaba gran parte de su tiempo enterrado en grandes volúmenes que tomaba prestados de los amables hidalgos y de

los interesados párrocos de los alrededores. Y sus padres le querían mucho, y también estaban bastante orgullosos de él, aunque no lo dejaban entrometer en su presencia, así que le dejaban seguir su propio camino y leer todo lo que quisiera; y en lugar de recibir con frecuencia un capón en la cabeza, como muy bien podría haberle ocurrido, era tratado más o menos como un igual por sus padres, quienes sensatamente pensaban que era una división del trabajo muy justa que ellos aportaran los conocimientos prácticos, y él la sabiduría de los libros. Sabían que la sabiduría de los libros a menudo resultaba útil en un apuro, a pesar de lo que dijeran sus vecinos. En lo que el Chico se entretenía principalmente era en la historia natural y en los cuentos de hadas, y los tomaba tal como venían, como en una especie de sándwich, sin hacer distinciones; y realmente su programa de lectura parece bastante sensato.

Una tarde, el pastor, que durante las últimas noches había estado inquieto y preocupado, y fuera de su equilibrio mental habitual, llegó a casa temblando, y sentándose a la mesa donde su esposa y su hijo estaban pacíficamente ocupados, ella con su costura, él siguiendo las aventuras del Gigante sin Corazón en el Cuerpo, exclamó con gran agitación:

— ¡Se acabó todo para mí, María! ¡Nunca más podré subir a esas colinas, nunca más!

— Vamos, no te pongas así — dijo su esposa, que era una mujer muy sensata—. Primero cuéntanoslo todo, sea lo que sea que te haya dado este susto, y luego entre tú, yo y el chico, deberíamos ser capaces de llegar al fondo del asunto.

— Empezó hace unas noches — dijo el pastor—. Ya sabes esa cueva de ahí arriba... nunca me gustó, la verdad, y a las ovejas tampoco les gustó nunca, y cuando a las ovejas no les gusta algo, generalmente hay una razón para ello. Bueno, desde hace un tiempo han estado saliendo ruidos débiles de esa cueva, ruidos como suspiros pesados, mezclados con gruñidos; y a veces un ronquido, allá a lo lejos... un ronquido de verdad, pero de alguna manera no un ronquido honrado, como el nuestro por las noches, ¿sabes?

— Lo sé — comentó el Chico, en voz baja.

— Por supuesto que estaba terriblemente asustado — continuó el pastor —; sin embargo, no podía mantenerme alejado. Así que esta misma tarde,

antes de bajar, di una vuelta por la cueva, sigilosamente. Y allí... ¡Oh, Señor! ¡Allí lo vi por fin, tan claro como te veo a ti!

—¿A quién viste? —dijo su esposa, empezando a compartir el terror nervioso de su marido.

—¡Pues a él, te estoy diciendo! —dijo el pastor—. Estaba asomado a medias fuera de la cueva, y parecía estar disfrutando del fresco de la tarde de una manera poética. Era tan grande como cuatro caballos de tiro, y todo cubierto de escamas brillantes: escamas de un azul profundo en la parte de arriba, que se degradaban a un verde tierno por debajo. Mientras respiraba, se veía sobre sus fosas nasales ese tipo de parpadeo que se ve sobre nuestros caminos de creta en un día de verano sofocante y sin viento. Tenía la barbilla apoyada en las patas, y yo diría que estaba meditando sobre las cosas. Oh, sí, una bestia bastante pacífica, y no alborotando ni haciendo nada que no fuera correcto y apropiado. Lo admito todo. Y sin embargo, ¿qué voy a hacer? Escamas, ya sabes, y garras, y una cola seguro, aunque no le vi esa parte... ¡no estoy acostumbrado a ellas, y no las apruebo, y eso es un hecho!

El Chico, que aparentemente había estado absorto en su libro durante el relato de su padre, cerró ahora el volumen, bostezó, entrelazó las manos detrás de la cabeza y dijo con somnolencia:

—No pasa nada, padre. No te preocupes. Es solo un dragón.

—¿Solo un dragón? —gritó su padre—. ¿Qué quieres decir, sentado ahí, tú y tus dragones? ¡Solo un dragón, dice! ¿Y qué sabes tú de eso?

—Porque lo es, y porque sí lo sé —replicó el Chico, tranquilamente—. Mira, padre, sabes que cada uno de nosotros tiene lo suyo. Tú sabes de ovejas, del tiempo y de esas cosas; yo sé de dragones. Siempre dije, sabes, que esa cueva de ahí arriba era una cueva de dragones. Siempre dije que debió de pertenecer a un dragón alguna vez, y que debería pertenecer a un dragón ahora, si las reglas cuentan para algo. Bueno, ahora me dices que tiene un dragón, así que todo está en orden. No estoy ni la mitad de sorprendido que cuando me dijiste que no tenía un dragón. Las reglas siempre se cumplen si esperas tranquilamente. Ahora, por favor, déjame todo esto a mí. Y mañana por la mañana subiré... no, por la mañana no puedo, tengo un montón de cosas que hacer... bueno, quizás por la tarde, si estoy completamente libre, subiré y hablaré con él, y verás que todo saldrá bien. Solo que, por favor, no

andes merodeando por allí sin mí. ¡No los entiendes ni un poco, y son muy sensibles, sabes!

— Tiene toda la razón, padre — dijo la sensata madre—. Como él dice, los dragones son lo suyo y no lo nuestro. Es maravillosamente sabio en cuanto a bestias de libro, como todo el mundo reconoce. Y a decir verdad, no estoy del todo tranquila pensando en ese pobre animal yaciendo solo allá arriba, sin un bocado de cena caliente ni nadie con quien intercambiar noticias; y quizás podamos hacer algo por él; y si no es del todo respetable, nuestro Chico lo descubrirá enseguida. Tiene un modo de ser tan agradable que hace que todo el mundo le cuente todo.

Al día siguiente, después de tomar el té, el Chico subió por el sendero de creta que conducía a la cima de las colinas; y allí, efectivamente, encontró al dragón, tumbado perezosamente en el césped frente a su cueva. La vista desde ese punto era magnífica. A derecha e izquierda, las leguas desnudas y ondulantes de las colinas; enfrente, el valle, con sus granjas agrupadas, sus hilos de caminos blancos que corrían a través de huertos y campos bien labrados, y, a lo lejos, un atisbo de viejas ciudades grises en el horizonte. Una brisa fresca jugaba sobre la superficie de la hierba y el hombro plateado de una gran luna se asomaba por encima de los enebros distantes. No es de extrañar que el dragón pareciera estar de un humor pacífico y contento; de hecho, a medida que el Chico se acercaba, podía oír a la bestia ronronear con una feliz regularidad. «¡Bueno, vivimos y aprendemos!», se dijo a sí mismo. «¡Ninguno de mis libros me dijo nunca que los dragones ronronean!».

— ¡Hola, dragón! — dijo el Chico en voz baja, cuando llegó a su altura.

El dragón, al oír los pasos que se acercaban, hizo el amago de un cortés esfuerzo por levantarse. Pero cuando vio que era un Chico, frunció el ceño con severidad.

— Oye, no me pegues — dijo —, ni me tires piedras, ni me eches agua, ni nada. ¡No lo permitiré, te lo digo!

— No voy a pegarte — dijo el Chico con cansancio, dejándose caer en la hierba junto a la bestia—, y, por el amor de Dios, no sigas diciendo «no»; lo oigo tanto, y es monótono, y me cansa. Simplemente he venido a preguntarte cómo estabas y todo eso; pero si estorbo, puedo irme fácilmente. ¡Ten-

go muchos amigos, y nadie puede decir que tenga la costumbre de meterme donde no me quieren!

—No, no, no te vayas enfadado —dijo el dragón, apresuradamente—; la verdad es que... estoy tan feliz aquí arriba como largo es el día; ¡nunca sin ocupación, querido amigo, nunca sin ocupación! Y sin embargo, entre nosotros, a veces es un poco aburrido.

El Chico arrancó un tallo de hierba y lo masticó. —¿Piensas quedarte mucho tiempo aquí? —preguntó, cortésmente.

—Apenas puedo decirlo por ahora —respondió el dragón—. Parece un lugar bastante agradable, pero solo llevo aquí poco tiempo, y uno debe mirar a su alrededor, reflexionar y considerar antes de establecerse. Es algo bastante serio, establecerse. Además... ¡ahora voy a contarte algo! ¡Nunca lo adivinarías por mucho que lo intentarás! ¡La verdad es que soy un holgazán redomado!

—Me sorprende usted —dijo el Chico, cortésmente.

—Es la triste verdad —continuó el dragón, acomodándose entre sus patas y evidentemente encantado de haber encontrado por fin un oyente—, y me imagino que así es como llegué aquí. Verás, todos los demás compañeros eran tan activos y serios y todo ese tipo de cosas... siempre alborotando, y escaramuzando, y recorriendo las arenas del desierto, y paseando por la orilla del mar, y persiguiendo caballeros por todas partes, y devorando doncellas, y en general sin parar... mientras que a mí me gustaba tener mis comidas a horas regulares y luego apoyar la espalda contra una roca y echar una siestecita, y despertarme y pensar en las cosas que pasaban y en cómo seguían pasando igual, ¿sabes? Así que, cuando ocurrió, me pillaron bien pillado.

—¿Cuando ocurrió qué, por favor? —preguntó el Chico.

—Eso es justo lo que no sé con precisión —dijo el dragón—. Supongo que la tierra estornudó, o se sacudió, o el fondo de algo se cayó. En cualquier caso, hubo una sacudida y un rugido y un estruendo general, y me encontré a kilómetros bajo tierra y encajado tan apretado como era posible. Bueno, gracias a Dios, mis necesidades son pocas, y al menos tenía paz y tranquilidad y no me pedían siempre que fuera a hacer algo. Y tengo una mente tan activa... ¡siempre ocupada, te lo aseguro! Pero el tiempo pasó, y

había una cierta monotonía en la vida, y al final empecé a pensar que sería divertido abrirme camino hacia arriba y ver qué hacían ustedes, los demás. Así que rasqué y excavé, y trabajé de un lado para otro y al final salí por esta cueva de aquí. Y me gusta el campo, y la vista, y la gente —lo que he visto de ella— y, en general, me siento inclinado a establecerme aquí.

—¿En qué está siempre ocupada tu mente? —preguntó el Chico—. Eso es lo que quiero saber.

El dragón se sonrojó ligeramente y desvió la mirada. Al poco, dijo con timidez:

—¿Alguna vez... solo por diversión... has intentado escribir poesía... versos, ya sabes?

—Claro que sí —dijo el Chico—. Montones. Y algunos son bastante buenos, estoy seguro, solo que aquí a nadie le importa. Mi madre es muy amable y todo eso, cuando se los leo, y también mi padre. Pero de alguna manera no parecen...

—¡Exacto! —exclamó el dragón—; mi mismo caso, exactamente. No parecen, y no se puede discutir con ellos al respecto. Ahora bien, tú tienes cultura, tú sí, lo supe de inmediato, y me gustaría tu sincera opinión sobre algunas cosillas que compuse a la ligera, cuando estaba allá abajo. Estoy tremendamente contento de haberte conocido, y espero que los otros vecinos sean igualmente agradables. Anoche mismo hubo aquí un caballero mayor muy simpático, pero no pareció querer entrometerse.

—Ese era mi padre —dijo el chico—, y es un caballero mayor muy simpático, y te lo presentaré algún día si quieres.

—¿No podéis venir a cenar o algo mañana? —preguntó el dragón con entusiasmo—. Solo si no tenéis nada mejor que hacer, por supuesto —añadió cortésmente.

—Muchísimas gracias —dijo el Chico—, pero no salimos a ningún sitio sin mi madre y, a decir verdad, me temo que a ella no le aprobarías del todo. Verás, no se puede obviar el hecho de que eres un dragón, ¿verdad? Y cuando hablas de establecerte, y de los vecinos, y todo eso, no puedo evitar sentir que no te das cuenta de tu posición. ¡Eres un enemigo de la raza humana, verás!

—No tengo un solo enemigo en el mundo —dijo el dragón, alegremente—. Para empezar, soy demasiado perezoso para hacerlos. Y si leo mi poesía a otros compañeros, ¡siempre estoy dispuesto a escuchar la suya!

—¡Oh, cielos! —exclamó el Chico—. ¡Ojalá intentaras comprender la situación como es debido! Cuando la demás gente te descubra, vendrán a por ti con lanzas y espadas y todo tipo de cosas. ¡Tendrás que ser exterminado, según su forma de ver las cosas! ¡Eres una plaga, y una peste, y un monstruo funesto!

—Ni una palabra de verdad en todo eso —dijo el dragón, moviendo la cabeza solemnemente—. Mi reputación resistirá la más estricta investigación. Y ahora, hay un sonetillo en el que estaba trabajando cuando apareciste en escena...

—Oh, si no vas a ser sensato —exclamó el Chico, levantándose—, me voy a casa. No, no puedo quedarme a oír sonetos; mi madre está despierta esperándome. Te visitaré mañana, en algún momento, y, por el amor de Dios, intenta darte cuenta de que eres una plaga pestilente, o te encontrarás en un aprieto terrible. ¡Buenas noches!

Al Chico le resultó fácil tranquilizar a sus padres sobre su nuevo amigo. Siempre le habían dejado esa rama a él, y aceptaron su palabra sin un murmullo. El pastor fue presentado formalmente y se intercambiaron muchos cumplidos y amables preguntas. Su esposa, sin embargo, aunque expresó su disposición a hacer cualquier cosa que pudiera —remendar cosas, o poner en orden la cueva, o cocinar algo cuando el dragón se hubiera quedado absorto en los sonetos y olvidado sus comidas, como suelen hacer los seres masculinos—, no pudo ser convencida para reconocerlo formalmente. El hecho de que fuera un dragón y que «no supieran quién era» parecía contar más que nada para ella. Sin embargo, no puso objeción a que su pequeño hijo pasara las tardes tranquilamente con el dragón, siempre y cuando estuviera en casa a las nueve en punto; y muchas noches agradables pasaron, sentados en el césped, mientras el dragón contaba historias de tiempos muy, muy antiguos, cuando los dragones eran bastante abundantes y el mundo era un lugar más animado que ahora, y la vida estaba llena de emociones, sobresaltos y sorpresas.

Sin embargo, lo que el Chico había temido, pronto sucedió. El dragón más modesto y retraído del mundo, si es tan grande como cuatro caballos de

tiro y está cubierto de escamas azules, no puede mantenerse completamente fuera de la vista del público. Y así, en la taberna del pueblo, por las noches, el hecho de que un dragón de verdad estuviera meditando en la cueva de las colinas era, naturalmente, un tema de conversación. Aunque los aldeanos estaban extremadamente asustados, también estaban bastante orgullosos. Era una distinción tener un dragón propio, y se sentía como un galardón para el pueblo. Aun así, todos estaban de acuerdo en que este tipo de cosas no se podía permitir que continuaran. La terrible bestia debía ser exterminada, la comarca debía ser liberada de esta plaga, este terror, este azote destructor. El hecho de que ni siquiera un gallinero hubiera sufrido por la llegada del dragón no se tuvo en cuenta para nada. Era un dragón, y no podía negarlo, y si no elegía comportarse como tal, era su problema. Pero a pesar de muchas conversaciones valientes, no se encontró ningún héroe dispuesto a tomar la espada y la lanza y liberar al pueblo sufriente y ganar fama inmortal; y cada noche de acalorada discusión siempre terminaba en nada. Mientras tanto, el dragón, un bohemio feliz, se tumbaba en el césped, disfrutaba de las puestas de sol, contaba anécdotas antediluvianas al Chico y pulía sus viejos versos mientras meditaba sobre otros nuevos.

Un día, el Chico, al entrar en el pueblo, encontró que todo presentaba un aspecto festivo que no podía explicarse por el calendario. Alfombras y telas de colores vivos colgaban de las ventanas, las campanas de la iglesia clamaban ruidosamente, la pequeña calle estaba sembrada de flores y toda la población se empujaba a ambos lados de la misma, charlando, codeándose y ordenándose unos a otros que se apartaran. El Chico vio a un amigo de su edad entre la multitud y lo llamó.

—¿Qué pasa? —gritó—. ¿Son los cómicos, o los osos, o un circo, o qué?

—Todo bien —le devolvió el saludo su amigo—. Ya viene.

—¿Quién viene? —preguntó el Chico, abriéndose paso entre el gentío.

—Pues San Jorge, por supuesto —respondió su amigo—. Ha oído hablar de nuestro dragón, y ha venido a propósito para matar a la bestia mortal y liberarnos de su horrible yugo. ¡Caramba! ¡Vaya pelea que va a haber!

¡Aquellas sí que eran noticias! El Chico sintió que debía asegurarse por sí mismo, y se escurrió entre las piernas de sus amables mayores, insultándo-

los todo el tiempo por su grosera costumbre de empujar. Una vez en primera fila, esperó sin aliento la llegada.

Al poco, desde el extremo lejano de la fila llegó el sonido de vítores. Luego, el paso acompasado de un gran caballo de guerra hizo que su corazón latiera más deprisa, y entonces se encontró a sí mismo aclamando con el resto, mientras, entre gritos de bienvenida, agudos chillidos de mujeres, bebés en alto y pañuelos ondeando, San Jorge avanzaba lentamente por la calle. El corazón del Chico se detuvo y respiraba con sollozos, tal era la belleza y la gracia del héroe, muy por encima de cualquier cosa que hubiera visto hasta entonces. Su armadura acanalada estaba incrustada en oro, su yelmo empenachado colgaba del arzón de su silla, y su espeso cabello rubio enmarcaba un rostro gracioso y gentil más allá de toda expresión, hasta que se captaba la severidad en sus ojos. Tiró de las riendas frente a la pequeña posada, y los aldeanos se agolparon a su alrededor con saludos, agradecimientos y prolijas declaraciones de sus agravios, quejas y opresiones. El Chico oyó la voz grave y gentil del Santo, asegurándoles que todo estaría bien ahora, y que los apoyaría y velaría por que se les hiciera justicia y los liberaría de su enemigo; luego desmontó y cruzó la puerta, y la multitud se derramó tras él. Pero el Chico se dirigió colina arriba tan rápido como sus piernas se lo permitieron.

— ¡Se acabó todo, dragón! — gritó tan pronto como estuvo a la vista de la bestia—. ¡Ya viene! ¡Ya está aquí! ¡Tendrás que serenarte y hacer algo de una vez!

El dragón se estaba lamiendo las escamas y frotándolas con un trozo de franela que la madre del Chico le había prestado, hasta que brilló como una gran turquesa.

— No seas violento, Chico — dijo sin mirar atrás—. Siéntate, recupera el aliento e intenta recordar que el nombre rige al verbo, y entonces quizás tengas la amabilidad de decirme quién viene.

— Eso es, tómatelo con calma — dijo el Chico—. Espero que estés la mitad de tranquilo cuando termine de darte mis noticias. Es solo San Jorge el que viene, eso es todo; entró en el pueblo hace media hora. Por supuesto que puedes vencerlo, ¡un tipo tan grande como tú! Pero pensé en advertirte, porque seguro que vendrá temprano, y tiene la lanza más larga y de aspecto

más malvado que hayas visto jamás. — Y el Chico se levantó y empezó a saltar de pura alegría ante la perspectiva de la batalla.

— ¡Ay, ay, ay de mí! — gimió el dragón —; esto es demasiado horrible. No lo veré, y punto. No quiero conocer a ese tipo para nada. Estoy seguro de que no es agradable. Debes decirle que se vaya de inmediato, por favor. Dile que puede escribir si quiere, pero no puedo concederle una entrevista. No recibo a nadie por el momento.

— Vamos, dragón, dragón — dijo el Chico implorante —, no seas perverso y testarudo. Tienes que luchar contra él tarde o temprano, sabes, porque él es San Jorge y tú eres el dragón. Mejor acabar con esto de una vez, y luego podremos seguir con los sonetos. Y también deberías considerar un poco a los demás. Si para ti ha sido aburrido aquí arriba, ¡piensa en lo aburrido que ha sido para mí!

— Mi querido hombrecito — dijo el dragón solemnemente —, entiende, de una vez por todas, que no puedo luchar y no lucharé. Nunca he luchado en mi vida, y no voy a empezar ahora, solo para darte una fiesta romana. En los viejos tiempos siempre dejaba que los otros compañeros — los compañeros serios — hicieran todas las peleas, y sin duda por eso tengo el placer de estar aquí ahora.

— ¡Pero si no luchas, te cortará la cabeza! — jadeó el Chico, desdichado ante la perspectiva de perder tanto su pelea como a su amigo.

— Oh, no lo creo — dijo el dragón con su pereza habitual —. Podrás arreglar algo. Tengo plena confianza en ti, eres un gran organizador. Baja corriendo, querido amigo, y arréglalo todo. Te lo dejo enteramente a ti.

El Chico regresó al pueblo en un estado de gran abatimiento. En primer lugar, no iba a haber ninguna pelea; en segundo lugar, su querido y honrado amigo el dragón no se había mostrado bajo una luz tan heroica como a él le hubiera gustado; y por último, fuera o no el dragón un héroe de corazón, no importaba, pues San Jorge le cortaría la cabeza sin la menor duda. «¡Arreglar las cosas, dice!», se dijo amargamente. «El dragón trata todo el asunto como si fuera una invitación a tomar el té y jugar al croquet».

Los aldeanos regresaban a casa mientras él subía por la calle, todos ellos de muy buen humor y discutiendo alegremente la espléndida pelea que les esperaba. El Chico siguió su camino hacia la posada y entró en la cámara

principal, donde San Jorge estaba ahora sentado solo, meditando sobre las posibilidades de la lucha y las tristes historias de rapiña y agravio que tan recientemente habían sido vertidas en su comprensivo oído.

—¿Puedo pasar, San Jorge? —dijo el Chico cortésmente, deteniéndose en la puerta—. Quiero hablarle sobre este asuntillo del dragón, si no está cansado de él a estas alturas.

—Sí, entra, Chico —dijo el Santo amablemente—. Otra historia de miseria y agravio, me temo. ¿Es acaso un padre bondadoso de quien el tirano te ha privado? ¿O alguna tierna hermana o hermano? Bueno, pronto será vengado.

—Nada de eso —dijo el Chico—. Hay un malentendido en alguna parte, y quiero aclararlo. El hecho es que este es un buen dragón.

—Exactamente —dijo San Jorge, sonriendo agradablemente—, lo entiendo perfectamente. Un buen dragón. Créame, no lamento en lo más mínimo que sea un adversario digno de mi acero, y no un espécimen débil de su nociva tribu.

—¡Pero no es una tribu nociva! —exclamó el Chico angustiado—. ¡Oh, cielos, qué estúpidos son los hombres cuando se les mete una idea en la cabeza! Le digo que es un buen dragón, y un amigo mío, y me cuenta las historias más hermosas que haya oído, todas sobre los viejos tiempos y cuando él era pequeño. Y ha sido tan amable con mi madre, y mi madre haría cualquier cosa por él. Y a mi padre también le gusta, aunque a mi padre no le interesan mucho el arte y la poesía, y siempre se queda dormido cuando el dragón empieza a hablar de estilo. Pero el hecho es que nadie puede evitar que le guste una vez que lo conoce. ¡Es tan encantador y tan confiado, y tan simple como un niño!

—Siéntate y acerca tu silla —dijo San Jorge—. Me gusta un tipo que defiende a sus amigos, y estoy seguro de que el dragón tiene sus puntos buenos, si tiene un amigo como tú. Pero esa no es la cuestión. Toda esta tarde he estado escuchando, con un dolor y una angustia indecibles, historias de asesinato, robo y agravio; quizás demasiado exageradas, no siempre del todo convincentes, pero que en conjunto forman una lista de crímenes muy seria. La historia nos enseña que los mayores canallas a menudo poseen todas las virtudes domésticas; y me temo que su cultivado amigo, a

pesar de las cualidades que han ganado (y con razón) su aprecio, tiene que ser exterminado rápidamente.

—Oh, se ha creído todos los cuentos que esos tipos le han estado contando —dijo el Chico con impaciencia—. ¡Pero si nuestros aldeanos son los mayores cuentistas de toda la comarca! Es un hecho conocido. Es usted un extraño por estos lares, o ya lo habría oído. Todo lo que quieren es una pelea. Son los peores pedigüeños de peleas, es su pan de cada día. Perros, toros, dragones, cualquier cosa con tal de que sea una pelea. Mire, ahora mismo tienen un pobre tejón inocente en el establo de aquí detrás. Iban a divertirse con él hoy, pero lo están guardando para cuando termine su pequeño asunto. Y no dudo de que le han estado diciendo qué héroe era usted, y cómo estaba destinado a ganar, en la causa de la justicia y el derecho, y todo eso; pero déjeme decirle que acabo de bajar por la calle, ¡y apostaban seis a cuatro por el dragón sin reparos!

—¡Seis a cuatro por el dragón! —murmuró San Jorge con tristeza, apoyando la mejilla en la mano—. Este es un mundo malvado, y a veces empiezo a pensar que no toda la maldad que hay en él está enteramente embotellada dentro de los dragones. Y sin embargo... ¿no podría esta astuta bestia haberte engañado sobre su verdadero carácter, para que tu buen informe sobre él sirva de manto para sus malas acciones? Es más, ¿no podría haber, en este mismo momento, alguna desdichada Princesa emparedada dentro de aquella sombría caverna?

En el momento en que habló, San Jorge se arrepintió de lo que había dicho, pues el Chico parecía genuinamente angustiado.

—Le aseguro, San Jorge —dijo con seriedad—, que no hay nada de eso en la cueva. El dragón es un verdadero caballero, en cada centímetro de su ser, y puedo decir que nadie estaría más conmocionado y afligido que él al oírle hablar de esa... de esa manera tan ligera sobre asuntos en los que tiene opiniones muy firmes.

—Bueno, quizás he sido demasiado crédulo —dijo San Jorge—. Quizás he juzgado mal al animal. ¿Pero qué vamos a hacer? Aquí estamos el dragón y yo, casi cara a cara, cada uno supuestamente sediento de la sangre del otro. No veo ninguna salida, exactamente. ¿Qué sugiere usted? ¿No puede arreglar las cosas de alguna manera?

—Eso es justo lo que dijo el dragón —replicó el Chico, algo molesto—. De verdad, la forma en que ustedes dos parecen dejarme todo a mí... supongo que no se le podría persuadir para que se marchara tranquilamente, ¿verdad?

—Imposible, me temo —dijo el Santo—. Totalmente en contra de las reglas. Lo sabe tan bien como yo.

—Bueno, entonces, mire —dijo el Chico—, todavía es temprano... ¿le importaría subir conmigo a ver al dragón y hablarlo? No está lejos, y cualquier amigo mío será muy bienvenido.

—Bueno, es irregular —dijo San Jorge, levantándose—, pero realmente parece lo más sensato que se puede hacer. Se está tomando muchas molestias por su amigo —añadió, de buen humor, mientras salían juntos por la puerta—. ¡Pero ánimo! Quizás al final no tenga que haber ninguna pelea.

—¡Oh, pero espero que la haya! —replicó el pequeño, con anhelo.

—He traído a un amigo a verte, dragón —dijo el Chico, bastante alto.

El dragón se despertó de un sobresalto. —Estaba... eh... pensando en cosas —dijo con su sencillez—. Muy complacido de conocerle, señor. ¡Qué tiempo tan encantador estamos teniendo!

—Este es San Jorge —dijo el Chico, secamente—. San Jorge, permítame presentarle al dragón. Hemos venido a hablar las cosas tranquilamente, dragón, y ahora, por el amor de Dios, tengamos un poco de sentido común y lleguemos a un acuerdo práctico y serio, porque estoy harto de puntos de vista y teorías de la vida y tendencias personales, y todo ese tipo de cosas. Quizás deba añadir que mi madre está despierta esperándome.

—Me alegro mucho de conocerle, San Jorge —comenzó el dragón con cierto nerviosismo—, porque he oído que ha sido un gran viajero, y yo siempre he sido más bien hogareño. Pero puedo mostrarle muchas antigüedades, muchos rasgos interesantes de nuestra comarca, si se queda por aquí algún tiempo...

—Creo —dijo San Jorge, con su franqueza y amabilidad habitual— que sería mejor que siguiéramos el consejo de nuestro joven amigo aquí, e intentáramos llegar a un entendimiento, en términos prácticos, sobre este pequeño asunto nuestro. Ahora bien, ¿no cree que, después de todo, el plan

más sencillo sería simplemente luchar, según las reglas, y que gane el mejor? Le diré que están apostando por usted en el pueblo, ¡pero eso no me importa!

—¡Oh, sí, hazlo, dragón! —dijo el Chico, encantado—; ¡ahorrrará un montón de molestias!

—Amigo mío, cállate —dijo el dragón con severidad—. Créame, San Jorge —continuó—, no hay nadie en el mundo a quien preferiría complacer más que a usted y a este joven caballero. Pero todo el asunto es una tontería, una convención y una estupidez popular. No hay absolutamente nada por lo que luchar, de principio a fin. ¡Y de todos modos no voy a hacerlo, así que eso lo zanja todo!

—¿Pero y si te obligo? —dijo San Jorge, algo molesto.

—No puedes —dijo el dragón, triunfante—. Simplemente me metería en mi cueva y me retiraría un tiempo por el agujero por el que subí. Pronto te cansarías de sentarte fuera esperando a que saliera a luchar contigo. Y tan pronto como te hubieras ido de verdad, pues, yo volvería a subir alegremente, porque te digo francamente, ¡me gusta este lugar y me voy a quedar aquí!

San Jorge contempló por un momento el hermoso paisaje que los rodeaba. —Pero este sería un lugar precioso para una pelea —comenzó de nuevo persuasivamente—. ¡Estas grandes y desnudas colinas ondulantes como arena, y yo con mi armadura dorada destacando contra tus grandes y escamosas espirales azules! ¡Piensa en el cuadro que haríamos!

—Ahora estás intentando llegar a mí a través de mis sensibilidades artísticas —dijo el dragón—. Pero no funcionará. Aunque no niego que sería un cuadro muy bonito, como dices —añadió, vacilando un poco.

—Parece que nos estamos acercando un poco más al asunto —intervino el Chico—. Tienes que ver, dragón, que tiene que haber algún tipo de pelea, porque no querrás tener que volver a bajar por ese sucio y viejo agujero y quedarte allí hasta Dios sabe cuándo.

—Se podría arreglar —dijo San Jorge, pensativo—. Debo ensartarte en alguna parte, por supuesto, pero no estoy obligado a hacerte mucho daño. Eres tan grande que debe de haber algunos sitios de sobra en alguna parte.

Aquí, por ejemplo, justo detrás de tu pata delantera. ¡No podría dolerte mucho, justo aquí!

— Ahora me estás haciendo cosquillas, Jorge — dijo el dragón, con timidez—. No, ese sitio no sirve en absoluto. Incluso si no doliera, y estoy seguro de que dolería muchísimo, me haría reír, y eso lo estropearía todo.

— Probemos en otro sitio, entonces — dijo San Jorge, pacientemente—. Debajo de tu cuello, por ejemplo... todos estos pliegues de piel gruesa... ¡si te ensartara aquí ni siquiera te darías cuenta de que lo he hecho!

— Sí, ¿pero estás seguro de que puedes acertar en el lugar correcto? — preguntó el dragón, ansiosamente.

— Por supuesto que sí — dijo San Jorge, con confianza—. ¡Eso déjame a mí!

— Es precisamente porque tengo que dejártelo a ti por lo que pregunto — replicó el dragón, con cierta irritación—. Sin duda lamentarías profundamente cualquier error que pudieras cometer en la prisa del momento; ¡pero no lo lamentarías ni la mitad que yo! Sin embargo, supongo que tenemos que confiar en alguien a medida que avanzamos por la vida, y tu plan parece, en general, tan bueno como cualquier otro.

— Mira, dragón — interrumpió el Chico, un poco celoso en nombre de su amigo, que parecía estar llevándose la peor parte del trato—, ¡no veo muy bien dónde entras tú en esto! Parece que va a haber una pelea, y vas a ser derrotado; y lo que quiero saber es, ¿qué vas a sacar tú de ello?

— San Jorge — dijo el dragón—, díselo, por favor, ¿qué pasará después de que sea vencido en el combate mortal?

— Bueno, según las reglas, supongo que te llevaré en triunfo hasta la plaza del mercado o lo que haga sus veces — dijo San Jorge.

— Precisamente — dijo el dragón—. Y entonces...

— Y entonces habrá vítores y discursos y cosas — continuó San Jorge—. Y explicaré que te has convertido, y que ves el error de tus caminos, y así sucesivamente.

— Exacto — dijo el dragón—. Y entonces...

—Oh, y entonces... —dijo San Jorge—, pues, y entonces habrá el banquete habitual, supongo.

—Exactamente —dijo el dragón—; y ahí es donde entro yo. Mira —continuó, dirigiéndose al Chico—, estoy muerto de aburrimiento aquí arriba, y nadie me aprecia de verdad. Voy a entrar en la Sociedad, sí, con la amable ayuda de nuestro amigo aquí, que se está tomando tantas molestias por mí; ¡y descubrirás que tengo todas las cualidades para hacerme querer por la gente que organiza fiestas! Así que ahora que todo está arreglado, y si no te importa... soy un tipo chapado a la antigua... no quiero echaros, pero...

—¡Recuerda que tendrás que hacer tu parte correspondiente de la pelea, dragón! —dijo San Jorge, mientras captaba la indirecta y se levantaba para irse—. ¡Me refiero a alborotar, y echar fuego por la boca, y todo eso!

—Puedo alborotar perfectamente —replicó el dragón, con confianza—; en cuanto a echar fuego, es sorprendente lo fácil que se pierde la práctica, pero haré lo mejor que pueda. ¡Buenas noches!

Habían descendido la colina y estaban casi de vuelta en el pueblo cuando San Jorge se detuvo en seco. —Sabía que había olvidado algo —dijo—. Debería haber una Princesa. Aterrorizada y encadenada a una roca, y todo ese tipo de cosas. Chico, ¿no puedes arreglar una Princesa?

El Chico estaba en medio de un tremendo bostezo. —Estoy muerto de cansancio —se quejó—, y no puedo arreglar una Princesa, ni nada más, a estas horas de la noche. Y mi madre está despierta esperándome, ¡así que deja de pedirme que arregle más cosas hasta mañana!

A la mañana siguiente, la gente empezó a subir a las colinas desde bien temprano, con sus ropas de domingo y llevando cestas de las que asomaban cuellos de botella, todos empeñados en conseguir buenos sitios para el combate. Esto no era exactamente un asunto sencillo, pues por supuesto era bastante posible que el dragón ganara, y en ese caso incluso aquellos que habían apostado por él sentían que difícilmente podían esperar que tratara a sus partidarios de manera diferente al resto. Por lo tanto, los lugares se elegían con circunspección y con vistas a una rápida retirada en caso de emergencia; y la primera fila estaba compuesta principalmente por chicos que habían escapado del control parental y ahora se desparramaban y revol-

caban por la hierba, sin hacer caso de las agudas amenazas y advertencias que les lanzaban sus ansiosas madres desde atrás.

El Chico había conseguido un buen sitio en primera fila, bien arriba hacia la cueva, y se sentía tan ansioso como un director de escena en una noche de estreno. ¿Se podía confiar en el dragón? Podría cambiar de opinión y considerar toda la actuación una tontería; o bien, viendo que el asunto se había planeado tan apresuradamente, sin siquiera un ensayo, podría estar demasiado nervioso para presentarse. El Chico miró fijamente la cueva, pero no mostraba ninguna señal de vida u ocupación. ¿Podría el dragón haberse escapado a la luz de la luna?

Las partes más altas del terreno estaban ahora negras de espectadores, y al poco un sonido de vítores y un ondear de pañuelos indicaron que algo era visible para ellos que el Chico, tan arriba hacia el extremo del dragón como estaba, aún no podía ver. Un minuto más y los penachos rojos de San Jorge coronaron la colina, mientras el Santo cabalgaba lentamente sobre la gran explanada que se extendía hasta la sombría boca de la cueva. Se veía muy galante y hermoso, sobre su alto caballo de guerra, su armadura dorada brillando al sol, su gran lanza erguida, el pequeño pendón blanco, cruzado de carmesí, ondeando en su punta. Tiró de las riendas y permaneció inmóvil. Las filas de espectadores comenzaron a retroceder un poco, nerviosamente; e incluso los chicos de delante dejaron de tirarse del pelo y de darse puñetazos, y se inclinaron expectantes.

— ¡Vamos, dragón! — murmuró el Chico con impaciencia, moviéndose inquieto donde estaba sentado. No habría tenido por qué angustiarse, si lo hubiera sabido. Las posibilidades dramáticas del asunto habían divertido inmensamente al dragón, y se había levantado desde primera hora, preparándose para su primera aparición pública con tanto entusiasmo como si los años hubieran retrocedido, y hubiera sido de nuevo un pequeño dragoncito, jugando con sus hermanas en el suelo de la cueva de su madre, al juego de santos y dragones, en el que el dragón estaba destinado a ganar.

Un murmullo sordo, mezclado con bufidos, se hizo oír ahora; elevándose hasta un rugido estruendoso que pareció llenar la llanura. Luego una nube de humo oscureció la boca de la cueva, y de en medio de ella el propio dragón, brillante, de un azul marino, magnífico, salió pavoneándose espléndidamente; y todo el mundo dijo: «¡Uuuuh!», ¡como si hubiera sido un

poderoso cohete! Sus escamas brillaban, su larga cola puntiaguda azotaba sus costados, sus garras arrancaban el césped y lo lanzaban por encima de su espalda, y humo y fuego brotaban incesantemente de sus airadas fosas nasales. «¡Oh, bien hecho, dragón!», exclamó el Chico, emocionado. «¡No pensé que lo tuviera dentro!», añadió para sí.

San Jorge bajó su lanza, inclinó la cabeza, clavó los talones en los costados de su caballo y vino tronando sobre el césped. El dragón cargó con un rugido y un chillido: una gran combinación giratoria de espirales azules, bufidos, mandíbulas entrechocando, púas y fuego.

— ¡Falló! — gritó la multitud. Hubo un momento de enredo de armadura dorada y espirales azul-verdosas, y cola puntiaguda, y luego el gran caballo, tirando de su bocado, llevó al Santo, con la lanza en alto, casi hasta la boca de la cueva.

El dragón se sentó y ladró con saña, mientras San Jorge con dificultad volvía a poner a su caballo en posición.

«¡Fin del primer asalto!», pensó el Chico. «¡Qué bien lo han manejado! Pero espero que el Santo no se emocione. Puedo confiar plenamente en el dragón. ¡Qué actorazo es el tipo!».

San Jorge había logrado por fin que su caballo se mantuviera quieto, y miraba a su alrededor mientras se secaba la frente. Al ver al Chico, sonrió, asintió y levantó tres dedos por un instante.

«Parece que todo está planeado», se dijo el Chico. «El tercer asalto será el final, evidentemente. Ojalá hubiera durado un poco más. ¿Qué demonios está haciendo ese viejo tonto de dragón ahora?».

El dragón estaba empleando el intervalo en dar una exhibición de alboroto para el beneficio de la multitud. El alboroto, cabe explicar, consiste en correr en círculos amplios, enviando ondas y ondulaciones de movimiento a lo largo de toda la columna vertebral, desde las orejas puntiagudas hasta la púa del final de la larga cola. Cuando se está cubierto de escamas azules, el efecto es particularmente agradable; y el Chico recordó el deseo expresado recientemente por el dragón de convertirse en un éxito social.

San Jorge recogió ahora las riendas y comenzó a avanzar, bajando la punta de su lanza y acomodándose firmemente en la silla.

— ¡Tiempo! — gritó todo el mundo emocionado; y el dragón, dejando su alboroto, se sentó erguido y comenzó a saltar de un lado a otro con enormes y torpes brincos, ululando como un piel roja. Esto, naturalmente, desconcertó al caballo, que se desvió violentamente, salvándose el Santo por los pelos agarrándose a la crin; y mientras pasaban de largo, el dragón lanzó un mordisco malicioso a la cola del caballo que hizo que la pobre bestia saliera disparada alocadamente por las colinas, de modo que el lenguaje del Santo, que había perdido un estribo, fue afortunadamente inaudible para la concurrencia general.

El segundo asalto provocó pruebas audibles de simpatía hacia el dragón. Los espectadores no tardaron en apreciar a un combatiente que podía defenderse tan bien y que claramente quería dar un buen espectáculo; y muchos comentarios de aliento llegaron a los oídos de nuestro amigo mientras se pavoneaba de un lado a otro, con el pecho hinchado y la cola en alto, disfrutando enormemente de su nueva popularidad.

San Jorge había desmontado y estaba ajustando sus cinchas, y diciéndole a su caballo, con un torrente de imaginería bastante oriental, exactamente lo que pensaba de él, y de sus parientes, y de su comportamiento en la presente ocasión; así que el Chico se dirigió al extremo de la fila donde estaba el Santo, y le sostuvo la lanza.

— ¡Ha sido una pelea genial, San Jorge! — dijo con un suspiro — . ¿No puede dejar que dure un poco más?

— Bueno, creo que será mejor que no — replicó el Santo — . El hecho es que tu ingenuo viejo amigo se está volviendo engreído, ahora que han empezado a aclamarlo, y se olvidará de todo el acuerdo y se pondrá a hacer el tonto, y no se sabe dónde pararía. Acabaré con él en este asalto.

Se montó de un salto en la silla y tomó la lanza del Chico. — Ahora no tengas miedo — añadió amablemente — . He marcado mi sitio exacto, y seguro que me prestará toda la ayuda que pueda, ¡porque sabe que es su única oportunidad de que lo inviten al banquete!

San Jorge acertó ahora su lanza, llevando la culata bien bajo el brazo; y, en lugar de galopar como antes, trotó vivamente hacia el dragón, que se agachó a su llegada, azotando la cola hasta que restalló en el aire como un gran látigo de carretero. El Santo giró al acercarse a su oponente y lo rodeó

cautelosamente, manteniendo el ojo en el lugar de sobra; mientras que el dragón, adoptando tácticas similares, caminaba con precaución alrededor del mismo círculo, ocasionalmente amagando con la cabeza. Así que los dos buscaron una apertura, mientras los espectadores mantenían un silencio expectante.

Aunque el asalto duró varios minutos, el final fue tan rápido que todo lo que el Chico vio fue un movimiento relampagueante del brazo del Santo, y luego un torbellino y una confusión de espinas, garras, cola y trozos de césped volando. El polvo se disipó, los espectadores ulularon y corrieron aclamando, y el Chico se dio cuenta de que el dragón estaba en el suelo, clavado a la tierra por la lanza, mientras que San Jorge había desmontado y estaba a horcajadas sobre él.

Todo parecía tan genuino que el Chico corrió sin aliento, esperando que el querido viejo dragón no estuviera realmente herido. Al acercarse, el dragón levantó un gran párpado, guiñó un ojo solemnemente y se derrumbó de nuevo. Estaba sujeto firmemente a la tierra por el cuello, pero el Santo le había acertado en el lugar de sobra acordado, y ni siquiera parecía hacerle cosquillas.

—¿No le va a cortar la cabeza, maestro? —preguntó uno de la multitud que aplaudía. Había apostado por el dragón y, naturalmente, se sentía un poco dolido.

—Bueno, hoy no, creo —respondió San Jorge, amablemente—. Verá, eso se puede hacer en cualquier momento. No hay ninguna prisa. Creo que primero bajaremos todos al pueblo, tomaremos un refrigerio, y luego le daré un buen sermón, ¡y verán que será un dragón muy diferente!

Ante esa mágica palabra, refrigerio, toda la multitud formó una procesión y esperó en silencio la señal para empezar. El tiempo de hablar, aclamar y apostar había pasado, la hora de la acción había llegado. San Jorge, tirando de su lanza con ambas manos, liberó al dragón, que se levantó, se sacudió y se revisó las púas, las escamas y demás, para ver que todo estuviera en orden. Luego el Santo montó y encabezó la procesión, con el dragón siguiéndole dócilmente en compañía del Chico, mientras los sedientos espectadores se mantenían a una distancia respetuosa detrás.

Hubo grandes festejos cuando llegaron de nuevo al pueblo y se formaron frente a la posada. Después del refrigerio, San Jorge pronunció un discurso, en el que informó a su audiencia que había eliminado su terrible plaga, con grandes molestias e inconvenientes para sí mismo, y que ahora no debían andar quejándose e imaginando que tenían agravios, porque no los tenían. Y que no debían ser tan aficionados a las peleas, porque la próxima vez podrían tener que luchar ellos mismos, lo que no sería lo mismo en absoluto. Y que había un cierto tejón en los establos de la posada que tenía que ser liberado de inmediato, y que él mismo iría a ver cómo se hacía. Luego les dijo que el dragón había estado reflexionando sobre las cosas, y veía que había dos lados en cada cuestión, y que no iba a volver a hacerlo, y que si eran buenos, tal vez se quedaría y se establecería allí. Así que debían hacerse amigos y no tener prejuicios; y no andar por ahí imaginando que sabían todo lo que había que saber, porque no era así, ni de lejos. Y les advirtió contra el pecado de fantasear, y de inventar historias e imaginar que los demás las creerían solo porque eran plausibles y muy coloridas. Luego se sentó, en medio de muchos aplausos arrepentidos, y el dragón le dio un codazo en las costillas al Chico y le susurró que no podría haberlo hecho mejor él mismo. Luego todos se fueron a prepararse para el banquete.

Los banquetes son siempre cosas agradables, consistiendo principalmente, como lo hacen, en comer y beber; pero lo especialmente bueno de un banquete es que llega cuando algo ha terminado, y no hay nada más de qué preocuparse, y el mañana parece muy lejano. San Jorge estaba feliz porque había habido una pelea y no había tenido que matar a nadie; porque en realidad no le gustaba matar, aunque generalmente tenía que hacerlo. El dragón estaba feliz porque había habido una pelea, y lejos de salir herido, había ganado popularidad y un lugar seguro en la sociedad. El Chico estaba feliz porque había habido una pelea, y a pesar de todo, sus dos amigos estaban en los mejores términos. Y todos los demás estaban felices porque había habido una pelea, y... bueno, no necesitaban ninguna otra razón para su felicidad. El dragón se esforzó por decir lo correcto a todo el mundo, y resultó ser el alma de la fiesta; mientras que el Santo y el Chico, al mirar, sentían que solo estaban asistiendo a un festín cuyo honor y gloria eran enteramente del dragón. Pero eso no les importaba, siendo buenos tipos, y el dragón no era en lo más mínimo orgulloso ni olvidadizo. Por el contrario, cada diez minutos más o menos se inclinaba hacia el Chico y le decía con solemnidad: «¡Oye! Me acompañarás a casa después, ¿verdad?». Y el

Chico siempre asentía, aunque le había prometido a su madre no llegar tarde.

Por fin, el banquete terminó, los invitados se habían ido marchando con muchas buenas noches, felicitaciones e invitaciones, y el dragón, que había despedido al último de ellos, salió a la calle seguido por el Chico, se secó la frente, suspiró, se sentó en el camino y contempló las estrellas. «¡Ha sido una noche genial!», murmuró. «¡Estrellas geniales! ¡Qué lugar tan genial este! Creo que me quedaré aquí. No me apetece subir ninguna maldita colina. El Chico ha prometido acompañarme a casa. ¡Más le vale al Chico hacerlo! Ninguna responsabilidad por mi parte. ¡Toda la responsabilidad es del Chico!». Y su barbilla se hundió en su ancho pecho y se durmió plácidamente.

—Oh, levántate, dragón —lloró el Chico, lastimosamente—. ¡Sabes que mi madre está despierta esperándome, y estoy tan cansado, y me hiciste prometer que te acompañaría a casa, y nunca supe lo que significaba o no lo habría hecho! —Y el Chico se sentó en el camino al lado del dragón dormido, y lloró.

La puerta detrás de ellos se abrió, un chorro de luz iluminó el camino, y San Jorge, que había salido a dar un paseo al fresco aire de la noche, vio las dos figuras sentadas allí: el gran dragón inmóvil y el pequeño Chico lloroso.

—¿Qué pasa, Chico? —preguntó amablemente, acercándose a su lado.

—¡Oh, es este gran cerdo torpe de dragón! —sollozó el Chico—. ¡Primero me hace prometer que lo acompañaré a casa, y luego dice que más me vale hacerlo, y se duerme! ¡Sería como intentar acompañar a casa un pajar! Y estoy tan cansado, y mi madre... —aquí se echó a llorar de nuevo.

—Vamos, no te pongas así —dijo San Jorge—. Te apoyaré, y los dos lo acompañaremos a casa. ¡Despierta, dragón! —dijo bruscamente, sacudiendo a la bestia por el codo.

El dragón levantó la vista somnoliento. —¡Qué noche, Jorge! —murmuró —; qué...

—Ahora mira, dragón —dijo el Santo, con firmeza—. Aquí está este pequeño esperando para acompañarte a casa, y sabes que debería haber estado en la cama hace dos horas, y no sé qué dirá su madre, y cualquiera que no fuera un cerdo egoísta lo habría hecho irse a la cama hace mucho tiempo...

— ¡Y se irá a la cama! — exclamó el dragón, incorporándose de un salto —. ¡Pobrecito, pensar que esté despierto a estas horas! Es una vergüenza, eso es lo que es, y no creo, San Jorge, que hayas sido muy considerado... pero vamos de una vez, y no tengamos más discusiones ni vacilaciones. Dame la mano, Chico... ¡gracias, Jorge, un brazo para subir la colina es justo lo que necesitaba!

Así que partieron colina arriba del brazo, el Santo, el Dragón y el Chico. Las luces del pequeño pueblo comenzaron a apagarse; pero había estrellas, y una luna tardía, mientras subían juntos a las colinas. Y, al doblar la última esquina y desaparecer de la vista, retazos de una vieja canción llegaron llevados por la brisa nocturna. No puedo estar seguro de cuál de ellos cantaba, ¡pero creo que era el Dragón!

— Aquí estamos en tu portón — dijo el hombre, bruscamente, poniendo la mano sobre él —. Buenas noches. ¡Entra rápido, o te la vas a ganar!

¿Podría ser realmente nuestro propio portón? Sí, allí estaba, sin duda, con las marcas familiares en su barra inferior hechas por nuestros pies cuando nos columpiábamos en él.

— ¡Oh, pero espera un minuto! — exclamó Charlotte —. Quiero saber un montón de cosas. ¿El dragón se estableció de verdad? Y...

— No hay más de esa historia — dijo el hombre, amable pero firmemente —. Al menos, no esta noche. ¡Ahora, marchaos! ¡Adiós!

— Me pregunto si todo será verdad — dijo Charlotte, mientras nos apresurábamos por el sendero —. ¡Sonaba terriblemente a disparate, en algunas partes!

— Quizás sea verdad a pesar de todo — repliqué animándola.

Charlotte se metió adentro como un conejo, huyendo del frío y la oscuridad; pero yo me demoré un momento en el aire quieto y helado, para una última mirada al mundo blanco y silencioso de fuera, antes de cambiarlo por la tierra de la luz del fuego, los cojines y las risas. Era día de ensayo del coro, y la época de los villancicos estaba cerca, y un miembro rezagado pasaba de vuelta a casa por el camino, cantando mientras iba:

«Y San Jorge hizo reverencia: en el establo sin luz,

Venció al dragón: tan terrible y tan cruel.

Tan cru-uel: y tan fie-ero: que ahora podemos decir

¡Qué pacífico es nuestro despertar: en el día de Navi-idad!».

El cantante se alejó, el villancico se desvaneció. Pero me pregunté, con la mano en el pestillo de la puerta, si esa era la canción, o algo parecido, que el dragón cantaba mientras subía contento la colina.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**